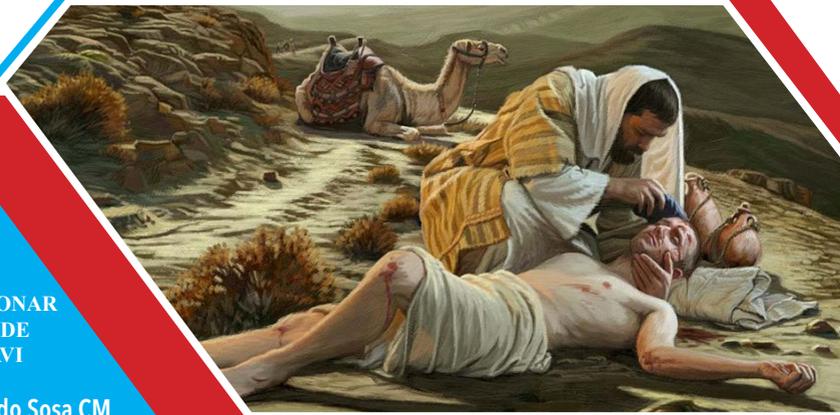


Día 3

TRABAJO PARA REFLEXIONAR
ANTES DE LA SEMANA DE
FORMACIÓN DE LA FAVI

P. Hugo Ricahrdo Sosa CM
Provincia de Argentina



Del 02 al 05 de Setiembre

“Pedagogía Vicentina = Pedagogía Samaritana”

“Ve y haz tú lo mismo” (Lc 10, 37)

“Jesucristo es el modelo verdadero, el cuadro invisible con el que hemos de conformar todas nuestras acciones”

(SVP XI, 129-130)

La caridad, fuerza e inspiración de toda la vida y obra de San Vicente de Paúl

Tomando las tres principales fundaciones vicentinas los invito a mirar el proceso de acción al servicio de la evangelización de San Vicente de Paúl. Me parece ilustrativo que cada fundación se haya gestado en escenarios diferentes. La fundación de la Congregación de la Misión, si bien luego se concreta en París, comienza en Folleville, a 120km de la Capital; la fundación de las Cofradías de Caridades tiene lugar a 320km de París, en Châtillon-les-dombes, cerca de Lyon y la fundación de las Hijas de la Caridad, en París. Estos diferentes lugares donde se producen los hechos fundacionales vicentinos nos revelan la agudeza de percepción a las llamadas de Dios de nuestro padre espiritual. Pero ¿de dónde le brota esta “creatividad hasta el infinito”? De la caridad, que ha sido la fuerza e inspiración de toda su vida y sus obras.

Les invito a escuchar al mismo Vicente.

Extracto de la conferencia del 30 de mayo de 1659, sobre la caridad¹

Mis queridísimos hermanos, el tema de la conferencia de esta tarde es sobre la caridad con el prójimo o, mejor dicho, sobre los actos que proceden de esta caridad, sobre las obras que tiene que realizar.

Esta caridad es de obligación; es un precepto divino que abarca otros. Todos saben que en el amor de Dios y del prójimo están comprendidos toda la ley y los profetas. Todo se condensa en ello; todo se dirige allá; y este amor tiene tanta fuerza y primacía que el que lo posee cumple las leyes de Dios, ya que todas se refieren a este amor, y este amor es el que nos hace hacer todo lo que Dios pide de nosotros; *qui enim diligit proximum legem implevit* (Rom 13, 8) - el que ama al prójimo ya cumplió toda la Ley.

Dios ha suscitado a esta compañía, como a todas las demás, por su amor y beneplácito. Todas tienden a amarle, pero cada una lo ama de manera distinta: los cartujos por la soledad, los capuchinos por la pobreza, otros por el canto de sus alabanzas; y nosotros, hermanos míos, si tenemos amor, hemos de demostrarlo llevando al pueblo a que ame a Dios y al prójimo, a amar al prójimo por Dios y a Dios por el prójimo. Hemos sido escogidos por Dios como instrumentos de su caridad inmensa y paternal, que desea reinar y ensancharse en las almas. ¡Si supiéramos lo que es esta entrega tan santa! ¡Jamás lo comprenderemos bien en esta vida, pues si lo comprendiéramos, obraríamos de manera muy distinta, al menos yo, miserable de mí!

Por tanto, nuestra vocación consiste en ir, no a una parroquia, ni solo a una diócesis, sino por toda la tierra; ¿para qué? Para abrazar los corazones de todos los hombres, hacer lo que hizo el Hijo de Dios, que vino a traer fuego a la tierra para inflamarla de su amor ¿Qué otra cosa hemos de desear, sino que arda y lo consuma todo? Mis queridos hermanos, pensemos un poco en ello, si os pa-

1 Conferencia 130. — Texte du frère Ducourneau (Arch. de la Mission). Parte de esta conferencia está publicada por ABELLY, o.c., lib. III, cap. 11 p. 107 s., con algunas modificaciones de forma bastante importantes. La copia que nos ofrece el manuscrit des conférences se parece mucho al texto del hermano Ducourneau.

rece. Es cierto que yo he sido enviado, no solo para amar a Dios, sino para hacerlo amar. No me basta con amar a Dios, si no lo ama mi prójimo. He de amar a mi prójimo, como imagen de Dios y objeto de su amor, y obrar de manera que a su vez los hombres amen a su Creador, que los conoce y reconoce como hermanos, que los ha salvado, para que con una caridad mutua también ellos se amen entre sí por amor de Dios, que los ha amado hasta el punto de entregar por ellos a la muerte a su único Hijo.

Pues bien, si es cierto que hemos sido llamados a llevar a nuestro alrededor y por todo el mundo el amor de Dios, si hemos de inflamar con él a todas las naciones, si tenemos la vocación de ir a encender este fuego divino por toda la tierra, si esto es así, ¡cuánto he de arder yo mismo con este fuego divino! ¡Cómo he de inflamarme en amar a aquello con quienes vivo, edificando a mis propios hermanos por el ejercicio del amor e impulsándoles a que practiquen los actos que de él emanan!

Miremos al Hijo de Dios: ¡qué corazón tan caritativo! ¡qué llama de amor! Jesús mío, dínos, por favor, qué es lo que te ha sacado del cielo para venir a sufrir la maldición de la tierra y todas las persecuciones y tormentos que has recibido. ¡Oh Salvador! ¡Fuente de amor humillado hasta nosotros y hasta un suplicio infame! ¿Quién ha amado en esto al prójimo más que tú? Viniste a exponerte a todas nuestras miserias, a tomar la forma de pecador, a llevar una vida de sufrimiento y a padecer por nosotros una muerte ignominiosa; ¿hay amor semejante? ¿Quién podría amar de una forma tan supereminente? Solo nuestro Señor ha podido dejarse arrastrar por el amor a las criaturas hasta dejar el trono de su Padre para venir a tomar un cuerpo sujeto a las debilidades. ¿Y para qué? Para establecer entre nosotros por su ejemplo y su palabra la caridad con el prójimo. Este amor fue el que lo crucificó y el que hizo esta obra admirable de nuestra redención. Hermanos míos, si tuviéramos un poco de ese amor, ¿nos quedaríamos con los brazos cruzados? ¿Dejaríamos morir a todos esos que podríamos asistir? No, la caridad no puede permanecer ociosa, sino que nos mueve a la salvación y al consuelo de los demás.

Todos los hombres componen un cuerpo místico; todos somos miembros unos de otros. Nunca se ha oído que un miembro, ni si-

quiera en los animales, haya sido insensible al dolor de los demás miembros; que una parte del hombre haya quedado magullada, herida o violentada, y que las demás no lo hayan sentido. Es imposible. Todos nuestros miembros están tan unidos y trabados que el mal de uno es mal de los otros. Con mucha más razón, los cristianos, que son miembros de un mismo cuerpo y miembros entre sí, tienen que padecer juntos. ¡Cómo! ¡ser cristiano y ver afligido a un hermano, sin llorar con él ni sentirse enfermo con él! Eso es no tener caridad; es ser cristiano en pintura; es carecer de humanidad; es ser peor que las bestias.

[Otro] efecto de la caridad es testimoniar afecto. Hemos de demostrarnos mutuamente que nos queremos de corazón. Hemos de adelantarnos a los demás, para ofrecerles cordialmente nuestros servicios y nuestras ganas de complacerles. “¡Cómo me gustaría demostrarle el cariño que le tengo!”. Y, después de habérselo dicho con los labios, confirmárselo con las obras, sirviendo efectivamente a cada uno y haciéndose todo para todos. No basta con tener caridad en el corazón y en las palabras; tiene que pasar a las obras y entonces será perfecta y fecunda, al engendrar el amor en los corazones de aquellos a quienes queremos y ganando a todo el mundo.

Para compartir en grupos:

1. Subrayar aquellas frases que más nos han llegado. Comparar con los demás las impresiones sobre las mismas.

.....
.....
.....
.....

2. ¿A qué nos invita esta lectura vicentina? ¿Qué compromisos “realizables” podemos tomar a partir de ella?

.....
.....
.....
.....